

De que se rien los Argentinos

Julio Bonamino

El argentino, por naturaleza, es triste, según cuenta la mala fama y el tango. Paradójicamente, sin embargo, para extrañeza de muchos pesimistas, el hombre argentino es un humorista endémico, como lo demuestran sus dichos populares, su sentido de la sobrevivencia, las burlonas maneras de superar crisis hasta cierto punto insuperables, y especialmente —vaya la irónica redundancia— a través de grandes humoristas, que son muchos y con una larga historia por detrás. Pepe Podestá, con su «Pepino el 88», hacía de las suyas, como data la memoria, antes de que los argentinos pisaran el nuevo siglo, cuando aún todo era demasiado solemne y, aparentemente, menos risible. Más tarde, el sainete o el humor de un Florencio Parravicini entronizarían

una peculiar característica de un pueblo con raro sentido de la gracia: reírse de sí mismo.

De alguna manera su sentido del humor habla de su nostalgia o su tristeza. De las humoradas de salón al fanático de los cuentos al estilo **Jaimito**, pasando por el café porteño, cenáculo de la broma y la melancolía, el argentino, como dijo uno de sus sociólogos, siempre merodea en su soledad, a costa de hablar en tercera persona. El chiste fue y es un arma de prestigio y de magia, de rebelión contra la pesadumbre y la rutina. Con Divito y con Sandrini, entre tantos otros, la Argentina ganó su contemporaneidad en un mundo en donde la sonrisa, muchas veces, abandonó el rostro de los hombres. Tarde o temprano la burla o la broma na-

cionalizaron una forma de ser, de comprender o de expresar un sentido real del humor, tan irrisorio como patético.

La risa, del latín **risus**, según la Real Academia, es un movimiento de la boca y del rostro que denota alegría: el mentado diccionario de la españolísima institución también cuenta que es propia del hombre; en el caso de la **risa sardónica** señala que es una contracción convulsiva de los músculos del rostro que imita la risa. **Morirse, caerse o desternillarse de risa** sería reírse mucho, lo que comprueba que los argentinos, en el fondo y con demasiada frecuencia, invocan a la alegría, sin saberlo, a pesar de su afamado rótulo de escépticos empedernidos.



Quino versus Mafalda — Joaquín Salvador Lavado, más conocido por Quino (39 años, casado y sin hijos), que se define como «mejor humorista que dibujante», confiesa estar cansado de que le consideren por Mafalda —la que le dio prestigio y fama— y no por Quino: «No; un reportaje a Mafalda con dibujo y texto, imposible; a Mafalda la pienso mucho y para hacerla hablar tonterías, prefiero mantenerla callada». Sujección de Mafalda a Quino y de Quino a Mafalda, que lo enardece y lo violenta al humorista. Pero más allá de sus dibujos, Quino tiene conceptos muy definidos acerca de lo humano, de las metas que se propone, de lo que significan sus personajes: Mafalda sólo es eso, apenas un personaje.

Crear que los argentinos tienen sentido del humor, es una certeza que Quino no piensa invalidar; sentido del humor, sin embargo, «que está condicionado por cierta dosis de solemnidad (hasta hace poco tomar en solfa a Gardel era una especie de delito). Además, no hay país, pueblo, comunidad, tribu o individuo que no tenga sentido del humor». Para Quino, los argentinos, como cualquier otro pueblo, se ríen de sus propias desventuras y limitaciones: «El conocido

cuento del Infierno argentino en el que el Diablo llega, firma y se va no hace si no pintar una imagen del país. Un chiste de un tipo que no consigue arroz puede ser muy gracioso en la China y no en Argentina. Un chiste de un antropófago que no consigue carne es gracioso en Argentina y no en la China. En el fondo la gracia es la misma».

Ya Freud, que se había preocupado por resolver los mecanismos ocultos del humor, estigmatizó la elaboración del chiste como un excelente medio para extraer placer de los procesos psíquicos, reconociendo —quizá por *motu proprio*— que contadas personas «tienen chiste», o «ángel» como dicen en Buenos Aires. Quino, que «salvo excepciones» se ríe muy poco de sus propios chistes, al parecer, por la estruendosa repercusión de su popular Mafalda, sería uno de los pocos elegidos, freudianamente, que logra conmover con gracia a los otros, mientras él se pone serio de sus ocurrencias: «Lo peor es que me angustian, porque sé que son motivadas por situaciones que nos deprimen, o debieran deprimirnos, a todos por igual».

La desgracia ajena suele ser la propia desgracia argentina, un espejo en donde uno mira sus desconocidas

muecas, por eso «nadie puede aprovechar una desgracia ajena para reírse (o para llorar), si ese infortunio no tiene puntos de contacto con la desgracia que se vive en carne propia».

Tímido, creativo, sencillo y hasta filósofo del humor, Quino trata de borrar del diálogo a sus personajes, ocupando él un primerísimo plano al admitir y casi profesar no sólo la relación del chiste con el inconsciente, sino la relación del TODO con el inconsciente: «Pensar lo contrario es ser, precisamente, un inconsciente».

Lo cómico está Olmedo — Existe la costumbre, en los hombres, de expresar lo grande y lo pequeño a través de gestos y de mímicas. Para Alberto Olmedo —conocido cómico porteño— el chiste debe entrar por los ojos, «causar gracia haciendo movimientos, fundamentalmente mímicos». Recurso que utilizan Balá, Biondi y Rigol, entre tantos otros cómicos cuasicircenses: «Nosotros, basados en la mímica y en la inspiración personal, no pertenecemos a la raza de cómicos que se valen del chiste como una especie de disfraz para decir cosas que habitualmente no se dicen; en el caso de los autores, pienso que sí, que disfrazan la pluma para decir lo que no pueden mani-



festar verbalmente. Los cómicos, no».

Presionado por el texto, el cómico puede llegar al ridículo: «Cuando uno tiene un libro muy malo y se lo obligan a decir, pienso que se huele el ridículo, el público lo nota, todo eso se transmite, y el cómico cae finalmente en la censura». La inspiración y la imitación teatral son formas de superar el trance: «la presentación que hago en mi programa de mis colegas, pienso que fue un hallazgo que hemos logrado hace ya un tiempo con los hermanos Sofovich; consistió en parodiar y embromar a los artistas, pero que tienen talento. Por supuesto, los chistes que más se festejan —afirmó Olmedo— son los verdes, pero en reuniones familiares».

El cuento es una situación: «recuerdo uno muy aplaudido en el ambiente; se trata de una compañía que sale de gira, bastante humilde, muy pobrecita y que hacía comedietas; cuando llegan a un pueblo, el dueño del local donde iban a actuar les dice que lo que gusta en la localidad son las obras serias, los clásicos. Así fue como la compañía empieza a ensayar **Otelo**. En los preparativos, el primer actor cómico comienza a recitar su parte; entonces el director lo interrumpe y le dice: "No, **para, para**, que **Otelo** era celoso". A lo que el

actor cómico responde: "Ah, usted lo quiere celoso, yo se lo hago celoso". Este chiste tiene mucho que ver con nosotros». Olmedo celebra las circunstancias que posibilitan lo cómico; admite, en cierto sentido, que el humor o el chiste se aprovechan de las desgracias ajenas: «La caída de una persona en la calle origina las carcajadas de la gente, después nos **chivamos** si nos pasa a nosotros; eso no es lo justo».

Olmedo, sin saberlo o tal vez con otras palabras, no hizo más que recordar lo de Bergson respecto de la risa y el humor. Cuando se vacía de pronto la espiritualidad de una persona, quedando reducida a lo mecánico; cuando la vida vaciada de pronto de espíritu, se presenta ante nuestros ojos, allí, en ese momento, surge espontáneamente la risa. Este popular humorista, a favor o en contra de tales «vaciamientos», cumple con su misión de profesional, con su cómica manera de ganarse la vida: ésa es su más preciada teoría.

Política y «strip tease» — Olmedo arriesga a dar un gusto en cuestión de humor en Argentina: «El cómico que más impacta, en otro tipo de humor, específicamente el político, es Tato Bores; para mí, en el país, él es único. En esto coincide principal-

mente con el señor Pedro Pernías (49 años, casado, dos hijas), conocido como Jordán de la Cazuela: «Siempre me impactó Tato Bores como cómico porque lo vi como el más afín con lo que a mí me gusta escribir. No digo esto por el compromiso de estar ligado ahora a él en televisión. Cualquier cosa que toca Tato se vuelve graciosa, es un monstruo». Claro que el dogmático y culinario Jordán de la Cazuela es el libretista actual del «monstruo» Bores: no podía decir otra cosa.

El ego no suele ser una virtud modesta entre los humoristas. El provinciano Francisco Pablo Quiroga (48 años, casado, 3 hijos) no asumió el seudónimo de Don Pelele así porque sí: «Don Pelele es mi personaje, surgió de la calle y por la chispa nata de origen provinciano. Ni me inspiré ni lo pensé, salió así». Lo difícil es separar a Don Pelele actor del Don Pelele personaje, como si no fueran la misma aventura. Con su habitual contracción convulsiva de los músculos del rostro, imitando la risa, Don Pelele recuerda continuamente los aplausos, en su mayoría, de un público que gusta del chiste grosero, mal intencionado: «En todo nuestro país, sin excepción, he podido apreciar, en mis 25 años como humorista, que la

gente goza del chiste pornográfico. ¿Por qué? No sé; pero me desagrada mucho».

Desagrado que no le impidió seguir trabajando y admirar, al mismo tiempo, a José «Cheee» Marrone, a quien considera como «el mejor de todos».

Garay y la fundación del humor. —

«Para mantener una conversación conmigo es indispensable que me conozcan antes de conocerme», silogiza en forma circunspecta Carlos Garaycochea (43 años, casado, una hija). A partir de su primera colaboración en olvidada revista **Torino**, sus colegas lo acusan de acaparador: no discrimina medios para practicar y oficiar el humor; él se defiende y hace cómplice al público de su ascendencia radial, televisiva y periodística: «los argentinos tienen un agudo y crítico sentido del humor, esa hace que esta carrera no sea tan fácil como mucha gente cree».

Para el cándido Garaycochea, el chiste es en ocasiones «una especie de disfraz para decir cosas que no se dicen, debe ser por eso que para andar disfrazado hay que tener permiso municipal». Le interesa, también, el humor que contiene una moraleja filosófica por detrás: el hombre que deja ver su propia luna por unos pocos centavos resume una posición en la vida: «además de mirar la felicidad, haga cualquier cosa, cualquier esfuer-

zo para que vaya con usted; es muy feo vivir espiando la que está en otra parte». Llevar o no la luna al hombro es una manera de transmitir, para el humorista que escondemos todos adentro, «lo que divierte o duele, lo que nos rodea; por eso hay humor ácido, melancólico, agresivo, inocente, incisivo, irónico y corrosivo».

El humor es un **modus vivendi** y una forma de viajar, por eso Garaycochea es escurridizo y casi incontrolable: de la radio a la televisión, de la televisión a su **estudio**, donde dibuja: «Yo como dibujante no tengo personajes que hablen por mí, pero he pensado que no estaría mal encontrar alguno al que se le pudiera echar la culpa de algo de vez en cuando». Para el laborioso y nomada humorista, el argentino quiere todo aquello que refleje actualidad, pero admite que a veces no es justo que se exija andar por la cuerda floja sin que haya una red abajo.

«Los argentinos —confesó Garaycochea— se ríen de todo aquello que les llega de una forma directa o indirecta», algo así como reírse de todo sin saber de qué se ríen. En el campo político, la risa es una cosa más seria: «En este momento en que tenemos que jugar el **gran partido**, el chiste político lo voy a decir cuando sepa el resultado del encuentro; hay que darse cuenta que como argentino los

entrenamientos me tienen tan nervioso que no sé a quien hacerle los chistes».

Dime de qué te ríes y te diré con quién lloras. — Decía Enrique Santos Discépolo que el gaucho salía a pasear con su guitarra y su dolor; de sus coplas surgió la impresión de que el argentino es un hombre triste. Sin embargo, en los mismos tangos —existenciales— del gran Discepolín, se encuentra un gran sentido del humor. De Macedonio Fernández a Wimpi todo parece ratificar una virtud que los argentinos se niegan a reconocer: su condición de hombres alegres, la imperiosa necesidad de reírse y de mofarse, al mismo tiempo, de su más honda y sentida tristeza.

Contra las malas lenguas que sólo han visto escepticismo y lamentos en los argentinos, el humor se levanta como un patrimonio nacional, pocas veces valorado, que le confiere a la personalidad de ellos una singular característica. Tal vez la categorización de «hombre triste» sólo sea un chiste más de algún escondido y minucioso humorista, desvirtuado con el tiempo por demasiadas sonrisas e ingenio, por tantos profesionales de la risa que han puesto a prueba —y consolidado— un auténtico sentido del humor: audacia tan respetable como la legendaria y publicitada tristeza que supieron coronar.

